

otras horas y parecen estremecerse al sordo palpitar de la vida universal.

Visión extraña y que para mí se halla muy próxima á la realidad: durante el tiempo que permanecen cerrados los ojos del hombre, algo desconocido aparece en la creación. ¿No lo creéis así también? ¿No se diría que en los momentos de sueño, cuando el pensamiento cesa en el hombre, comienza en la naturaleza? ¿Será porque la calma es más profunda, el silencio más absoluto, la soledad más completa, y que entonces el soñador que vela puede sorprender mejor, en sus sutiles y maravillosos detalles, el hecho extraordinario de la creación? ¿O bien hay efectivamente alguna revelación, alguna manifestación de la grande inteligencia entrando en comunicación con el gran todo, alguna nueva actitud de la naturaleza? ¿Cuando no estamos presentes se siente la naturaleza más á su sabor? ¿Se desenvuelve más libremente?

Lo que es cierto es que, en apariencia al menos, hay para los objetos que consideramos inanimados una vida crepuscular y una vida nocturna. Esa vida no está tal vez más que en nuestro espíritu; las realidades sensibles se nos presentan á ciertas horas bajo un aspecto inusitado, y nos conmueven; prodúcese un espejismo dentro de nosotros, y tomamos las ideas nuevas que nos sugieren por una nueva vida que tienen.

Ahí tenéis las preguntas. Decidid. Por mi parte me limito á soñar. Consagro mi espíritu á contemplar el mundo y á sondear sus misterios. Y paso mi vida entre una admiración y un interrogante.

## XIV

## GAVARNIE

Quando se ha pasado el puente de los Darroucats y se está nada más que á un cuarto de hora de Gèdre, sepáranse de pronto dos montañas y os descubren una cosa inesperada.

Tal vez hayáis visitado los Alpes, los Andes, las Cordilleras; por algunas semanas tenéis á la vista los Pirineos; sea lo que quiera lo que hayáis podido ver, lo que presenciáis ahora en nada se parece á lo que habéis hallado en otras partes. Hasta aquí habéis visto montañas; habéis contemplado excrecencias de todas formas, de todas alturas; habéis explorado cumbres verdes, laderas de gneis, de mármol ó de esquisto, precipicios, cimas redondas ó dentelladas, glaciares, bosques de abetos confundidos entre nubes, pináculos de granito; pero, lo repito, no habéis visto en ninguna parte lo que veis en este momento en el horizonte.

En medio de las curvas desiguales de las montañas erizadas de ángulos obtusos y de ángulos agudos, aparecen bruscamente líneas rectas, simples, tranquilas, horizontales y verticales, paralelas ó cortán-

dose en ángulos rectos, y combinadas de suerte que de su conjunto resulta la figura lampante, real, bañada de azul y de sol, de un objeto imposible y extraordinario.

¿Es una montaña? Pero ¿qué montaña ha presentado jamás esas superficies rectilíneas, esos planos regulares, esos vigorosos paralelismos, esas extrañas simetrías, ese aspecto geométrico?

¿Es una muralla? Ved aquí, en efecto, algunas torres que la sostienen y la apoyan; ved ahí algunas almenas, y allá las cornisas, los arquitrabes, las hiladas y los sillares que la vista distingue y podría casi contar; ved dos brechas cortadas á pico, y que despiertan en el espíritu ideas de sitios, de trincheras y de asaltos; pero ved también las nieves, anchas fajas de nieve extendidas sobre aquellas hiladas, sobre aquellas almenas, sobre aquellos arquitrabes y sobre aquellas torres. Estamos en el corazón del verano y en el Mediodía; entonces con nieves eternas. Ahora bien. ¿Qué muralla, qué arquitectura humana se ha visto jamás levantada hasta el tremendo nivel de las nieves eternas? Babel, el esfuerzo del entero género humano, se derrumbó sobre sí misma antes de haberlo alcanzado.

¿Cuál es, pues, ese inexplicable objeto que no puede ser una montaña y que tiene la altura de las montañas, y que no puede ser una muralla teniendo la forma de las murallas?

Es una montaña y una muralla á un tiempo; es el edificio más misterioso del más misterioso de los arquitectos; es el coloso de la naturaleza; es Gavarnie.

Representaos esa magnífica silueta tal como se revela primeramente á una distancia de tres leguas: una larga y sombría muralla, todos cuyos resaltos, todas cuyas arrugas están marcadas por líneas de nieve, todas cuyas plataformas tienen glaciares. Hacia

el centro dos grandes torres; la una á Levante, cuadrada y volviendo uno de sus ángulos á Francia; la otra á Poniente, como si fuese no tanto una torre como un haz de torrecillas, ambas cubiertas de nieve. A la derecha dos profundas cortaduras, las brechas, que abren en la muralla como dos vasos que llenan las nubes. Por fin, siempre á la derecha y á la extremidad occidental, una especie de enorme reborde cortado en mil peldaños, que ofrece á la vista, en monstruosas proporciones, lo que se denominaría en arquitectura el corte de un anfiteatro.

Representaos esto tal como yo lo veo: la muralla negra, las torres negras, la nieve deslumbrante, el cielo azul; una cosa completa, en fin, grande hasta lo inaudito, serena hasta lo sublime.

La impresión que produce no se parece á ninguna otra; tan singular y poderosa á la vez, que borra todas las demás y nos hace indiferentes por algunos instantes, hasta cuando la visión ha desaparecido en una revuelta del camino, á todo lo que no sea ella.

El paisaje que os rodea es, sin embargo, admirable; entráis en un valle donde os envuelven todas las gracias y todas las magnificencias.

Algunos pueblecillos en dos pisos, como Tracy Alto y Tracy Bajo, Gèdre de Arriba y Gèdre de Abajo, con sus techos puntiagudos en forma de escaleras, y su vieja iglesia de los Templarios, se apiñan y desarrollan en la ladera de las dos montañas, á lo largo de un torrente blanco de espuma, bajo las risueñas y fantásticas espesuras de hermosa vegetación. Todo eso es vivo, arrebatador, oportuno, exquisito. Es la Suiza y la Selva Negra que aparecen de pronto en los Pirineos. Mil alegres rumores llegan hasta vos, como las voces y palabras de este delicioso paisaje; cantos de pájaros, risas de niños, murmurios del torrente, estremecimientos de las hojas, tranquilos soplos de la brisa.

Nada veis, nada oís; apenas si percibí de ese agraciado conjunto alguna dudosa y confusa impresión. La aparición de Gavarnie está siempre ante vuestros ojos y resplandece en vuestra imaginación, como esos horizontes sobrenaturales que se ven á veces en el fondo de los sueños.

---

Por la tarde, al volver de Gavarnie, noto un momento admirable. Ved lo que contemplo desde mi ventana:

Una gran montaña llena la tierra; una gran nube llena el cielo. Entre la nube y la montaña, una estrecha faja de cielo crepuscular, claro, brillante, límpido, y Júpiter, rutilante guijarro de oro, en un riachuelo azul. Nada más melancólico y más tranquilizador y más bello que aquel puntito de luz entre aquellos dos bloques de tinieblas.

---

## XV

## LUZ

Luz es una simpática y antigua villa—cosa rara en los Pirineos—deliciosamente situada en un profundo valle triangular. Tres grandes rayos de luz penetran en él por las tres aberturas de las tres montañas.

Cuando los migueletes y los contrabandistas españoles llegaban de Aragón por la brecha de Roldán y por el negro y feo sendero de Gavarnie, divisaban de pronto, á la extremidad de la obscura garganta, una gran claridad, tal como se presenta la puerta de una cueva á los que están dentro. Apresuraban el paso y hallaban un extenso pueblo inundado de sol y de vida. Aquel pueblo fué justamente denominado por ellos Luz.

Hay allí una rara y curiosa iglesia construída por los Templarios; fortaleza tanto como iglesia, con su recinto almenado y su puerta atalaya.

Dí la vuelta á su alrededor, entre la iglesia y la pared almenada. Allí está el cementerio, sembrado de grandes pizarras donde las cruces y los nombres de